

carmentarán hasta que hayan recibido otra lección semejante á la de 1815.

Septiembre 9, 1843.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegué á Angers; pero encontré un café abierto, donde hice un desayuno bastante aceptable, y antes de las cinco me hallaba á bordo del vapor para Tours. Tuve un hermoso día. Las márgenes disfrutaban de todas las ventajas, y sin poseer una belleza de primer orden, presentan una sucesión sin fin de lindos y encantadores paisajes. Con éstos y un libro no eché de menos la falta de compañía. Un francés, sin embargo, vino á hablarme, demostrando en su conversación ser un hombre sensible y bien nacido. Había estado en Inglaterra, y como decía haber sido muy bien tratado estando enfermo por las gentes entre quienes se halló, creía, por tanto, haber contraído una deuda de atención para con los ingleses. Le dije que no podía ocultarle que podía caer en algún enredo con algún estafador ó mala persona si llevaba su afecto por nuestra nación demasiado lejos. Sin duda, dijo él, es necesario distinguir; y entonces me hizo el mayor cumplimiento que se me ha hecho en mi vida, porque me dijo que nadie que conociera algo el mundo podría dejar de percibir que yo era lo que en inglés se llama un caballero, «homme comme il faut». Para que puedas apreciar el valor de este cumplimiento en aquellas circunstancias, te diré que habiendo viajado toda la noche precedente, yo tenía una barba de dos días, que mi pelo estaba sin peinar, mi camisa era del día antes, mi vestido parecía de un molinero, y michaleco, que había estado blanco cuando salí de Nantes, se hallaba de un estado que yo mismo

lo miraba con horror. Ni él tenía la menor noticia de quien era yo, porque no le había dicho yo nada, ni mi nombre estaba sobre mi equipaje. Por tanto, debo considerarme, de aquí en adelante, como una persona de un porte y aspecto singularmente noble.

¿Quieres permitirme que te recomiende una novela? Proporcionate y lee *La Hermana Ana*, de Paul de Kock; no es indecorosa, y la parte cómica es verdaderamente deliciosa. Me he reído con ella hasta gritar. Hay en ella partes trágicas que he saltado por temor á gritar en otro sentido.

Albany; Londres, Noviembre 25, 1843.

Querido Napier: Muchas gracias por su excelente carta. Considerándolo atentamente me he convencido que haría mal visitando ahora á Edimburgo.

La cuestión del clero católico se halla ahora en estado que una discusión de una reunión pública no puede hacerle ningún bien y sí un gran perjuicio. Semejante estado requiere la más tranquila atención por parte de las cabezas más capaces, y no tengo aún seguridad de que la circunspección ni la habilidad puedan dar una solución satisfactoria al problema.

Esta es mi opinión. No hago cuestión principal del pago de los sacerdotes católicos irlandeses. Siento que esta medida no se haya tomado en 1829. Yo puedo aun ahora apoyar con gusto cualquier plan bien meditado, que pueda alcanzar algún éxito. Pero temo que las dificultades sean insuperables. Contra tales medidas existen los celosos partidarios de la alta iglesia y todos los no menos celosos de la baja: el obispo de Exeter y Hugh Macuelle, Oford y Exeter Hall; todos los campeones del sistema voluntario, todos los disidentes in-

gleses, escoceses é irlandeses, así como los partidarios de Orange y los papistas. Si añade usted á esto la masa que se ha opuesto á los últimos proyectos del gobierno sobre educación, y la que se opuso igualmente el año pasado, las proposiciones sobre la misma cuestión de sir James Graham (1), y la que está gritando por anular lo hecho en Irlanda, podrá usted entonces tener alguna idea de la fuerza que puede disponerse contra un bill para pagar el clero de la iglesia católica irlandesa.

¿A quién tiene usted por la otra parte? Tiene usted á los hombres de Estado así toris como wihgs, pero la reunión de tales hombres de Estado no es una asociación de tontos, y, por tanto, aun entre ellos no se llega á una perfecta concordia. Los políticos toris están por pagar los sacerdotes católicos, pero sin tocar parte alguna de las rentas de la iglesia protestante. Los liberales (y yo uno de ellos, si es que puedo reclamar aquel nombre) desean transferir una gran parte de las rentas de la iglesia irlandesa protestante á la de los católicos. Yo creo mi deber votar por tal proposición, aunque estoy cierto de que este voto me cuesta mi asiento en el Parlamento. Si yo pudiera votar por una medida, que dejando las rentas de la iglesia protestante irlandesa sin tocar, añadiera más de medio millón á nuestras cargas públicas, para el sostenimiento del clero papista, sería otra cuestión. No me avergüenzo en decir que no tengo sobre esto opinión completamente formada, y que me gustaría, antes de decidirme, oír la opinión de los demás.

(1) En 1843 sir James Graham, hablando por el gobierno, propuso un plan de educación de la población de nuestras grandes ciudades, que fué desechado por la oposición de los no-conformistas.

Como cosa establecida, yo no creo que sir Roberto ó lord Juan, ó aun ambos unidos, puedan inducir á una tercera parte de los miembros de la Cámara de los Comunes á votar por plan alguno, cualquiera que sea, que tenga por objeto el pago directo de los sacerdotes católicos irlandeses. Pensando así, he vuelto la vista hacia un medio indirecto mejor de efectuar este pago, y creo probable tener alguna oportunidad de presentar un proyecto sobre esto á la Cámara de los Comunes. En este estado, y con estas miras, no puedo concebir nada menos práctico que ir á Edimburgo en los momentos presentes. Si voy, voy de seguro á coger el toro por los cuernos, rehusando en absoluto dar promesa alguna. Declararé que no soy en absoluto opuesto al pago del clero católico, pero reservando mi juicio acerca del modo particular de hacerlo, cuyos detalles son todavía de mi íntima y exclusiva propiedad. El efecto sería una explosión de los sentimientos públicos y otras ciudades seguirían el ejemplo de Edimburgo; peticiones á cientos se enviarían al Parlamento tan pronto como se reuniesen, y las dificultades con que tendríamos que luchar y que ya son bastante grandes de suyo, se doblarían.

No creo, sin embargo, que la *Revista de Edimburgo* tropiece con las mismas restricciones que se imponen á un gabinete tory. La *Revista* no tiene que preocuparse del gusto de la reina, ni de contar los votos de las Cámaras, ni tener poderosos auxiliares que la sostengan; puede exponer y defender con entera libertad la teoría tory de gobierno, teoría de la cual nos vemos obligados á partir en la práctica. Puede no hacer objeción á los argumentos de los señores para el pago de los sacerdotes católicos. Yo pensaría si sería indiscreto sostener la idea de que la *Revista whig* ja-

más abogaría por cualquier reforma, excepto aquellas que un ministerio whig creyese prudente proponer á la legislatura.

Tengo un plan en mi cabeza que espero no disgustará á usted. Pienso hacer una revista de las memorias de Barère; estoy persuadido de que podré hacer algo sobre este asunto.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 13 de Diciembre 1843.

Querido Napier: Podrá usted tener mi trabajo acerca de Barère antes de que se reuna el Parlamento; jamás he emprendido un trabajo con más buena voluntad. Algunas de las fábulas que he revisado hasta ahora son tales como usted, con toda su experiencia en materias literarias, encontraría difícil creer si no las viese (1).

¿Qué ha oído usted del libro de Jeffrey? (2). Mi impresión general es que la selección está mal hecha y con una cierta necesidad de pulido, que en un trabajo periodístico puede excusarse, y pasar como efecto de una gracia, por más que es demasiado perceptible en muchos pasajes. Por otra parte, la variedad y versa-

(1) Tan pronto como deja de escribir bagatelas comienza á escribir fábulas. ¡Y qué fábulas! Un hombre que jamás haya estado en los trópicos no podrá llegar á conocer aquellas tormentas; el que no haya visto las cataratas del Niágara no podrá formarse una idea de lo que es una catarata, ni el que no haya leído las memorias de Barère sabe lo que es la ficción.—«Artículo de Macaulay sobre Barère.»

(2) Contribuciones de lord Jeffrey en la *Revista de Edimburgo*.

tilidad de la inteligencia de Jeffrey parece más extraordinaria que nunca. Creo que hay pocas cosas en los cuatro volúmenes que otro ú otros dos hombres pudieran hacer también; pero no pienso que ningún otro hombre, excepto Jeffrey, ni aun otros tres hombres, puedan producir excelencias tan diversas. Cuando le comparo con Sydney y aun conmigo mismo, lo digo con perfecta sinceridad, que ocupa un rango mucho más elevado que el nuestro. Esto es solamente como escritor; pero Jeffrey no es tan sólo un gran escritor, sino que también es un gran abogado y un gran juez. Considerando la totalidad de sus dotes, le creo más próximo á un genio universal que á un hombre de nuestro tiempo; ciertamente por encima de Brougham, que afecta tener este carácter. Brougham hace una cosa bien, dos ó tres cosas indiferentemente y un ciento de un modo detestable. Sus discursos parlamentarios son admirables, los forenses pobres; sus escritos, aun los mejores, secundarios. Como su hidrostática, su filosofía política, la equidad de sus juicios, sus traducciones del griego son realmente dignas del más bajo menosprecio. Jeffrey, por el contrario, no ha emprendido nada en que no haya alcanzado gran éxito, excepto en la oratoria parlamentaria, y aun allí ha conseguido lo que otro hombre cualquiera puede tomar como un gran éxito, y solamente desanima á sus oyentes á causa de lo mucho que de él se espera.

Siempre vuestro,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 10 de Abril 1843.

Querido Napier: Estoy satisfecho de que le haya gustado mi artículo. No me gusta ahora, por ningún

concepto, tanto como me gustaba mientras estuve escribiéndole. Es obscuro, y sin que ningún rayo de luz le dé relieve alguno (1). Esta es falta del asunto más bien que del pintor; pero trastorna el efecto del retrato. Y así, á las muchas razones que todo hombre decente tiene para odiar á Barère, puedo yo añadir una razón exclusivamente personal: y es que el exceso de su bajeza corrompe mi escrito sobre él.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

(1) Cualquier cosa que sea falsa, vergonzosa, injusta, impura, aborrecible, de mala opinión, si hay en ellas algún vicio, alguna infamia, todas estas cosas están mezcladas en Barère.

## CAPITULO VI

1844-47.

Cartas á Mr. Napier.—Macaulay modifica sus propósitos por un artículo sobre Burke y su tiempo, en un bosquejo de los últimos años de lord Chatham.—Expedición por Holanda.—Escena en Dordrecht.—Opinión de Macaulay acerca de la Iglesia irlandesa.—Maynooth.—La crisis ministerial de Diciembre de 1845: cartas á lady Trevelyan.—Carta á Mr. Macfarlan.—Caída de Sir Roberto Peel.—Macaulay es hecho pagador general.—Su reelección en Edimburgo.—Su posición en la Cámara de los Comunes.—Reelección general de 1847.—Derrota de Macaulay en Edimburgo.

Albany; Londres, 14 Agosto 1844.

Querido Napier: He trabajado mucho para usted la última semana, cubriendo con tonterías muchos pliegos de papel, y ahora me encuentro que he tomado un asunto que no se puede manejar (1). No hay necesidad de materiales; por el contrario, hechos é ideas, ambos

(1) El asunto inmanejable era un estudio de la vida y escritos de Burke. «Desearía—escribe Macaulay—decir mucho acerca de las revoluciones ministeriales de la primera parte del reinado de Jorge III; acerca de los caracteres de Bute, Mansfield, Chatham, Townshend, Jorge Grenville y muchos otros; acerca de las sátiras de Vieke y Churchill y todo lo demás. Deseo también hacer algo en un examen crítico acerca de lo sublime y la belleza para exponer algunas ideas sobre el asunto que andan rondando en mi cabeza desde hace mucho tiempo. Pero esto sería demasiado para un artículo largo; y cuando estuviera dicho, habría llevado á Burke tan sólo al umbral de la Cámara de los Comunes, quedarían todavía la guerra americana, la coalición, la acusación pública de Hastings, la revolución francesa»